

DERRIDA, JACQUES

*Heidegger: la cuestión de l'Être et l'Histoire. Cours de l'ENS-Ulm 1964-1965*, Galilée, Paris, 2013, 331 pp.

En noviembre de 1964 Derrida tiene 34 años y aún no ha publicado sus textos más importantes. La segunda sección de *Ser y tiempo* no está todavía traducida al francés y él ya cuenta con una incipiente carrera docente. En una entrevista con Michael Sprinter a finales de la década de 1980, dirá de esos años que “la sombra de Heidegger se halla[ba] presente [...] en todos los trabajos que se publicaban en aquel momento.[...] durante un cuarto de siglo, Heidegger nunca fue nombrado en un libro por aquellos que en Francia tuvieron que reconocer en privado o en público, muy tarde, que el filósofo alemán había desempeñado un papel mayor en su pensamiento (en Althusser, en Foucault, en Deleuze, por ejemplo).” (J. Derrida, *Política y amistad* (trad. H. Cardoso, Nueva Visión: Bs. As., 2012) 22-23).

Si bien Derrida nunca ocultó sus deudas con Heidegger, sólo con la publicación de sus cursos en la *École Normal Superior*, empieza a salir a la luz la intimidad de su discusión con el pensador alemán. Nos topamos allí con el Derrida docente y el lector con lupa, pero también con el filósofo que, lentamente, comienza a abrirse paso a través del comentario de Heidegger.

Entre 1960 y 1964 había dado cursos en La Sorbonne, y a fines de ese año comienza a trabajar como ayudante —“caïman”— en la ENS junto a Althusser. En el curso sobre Heidegger se repliegan pues las introducciones: introducción *a* Heidegger, puesto que el texto casi no presupone conocimientos previos, pero también introducción *de* Heidegger, ya que el propio Derrida se encarga de traducir por primera vez los fragmentos de *Ser y tiempo* que lee. Pero en otro orden, se trata también de la introducción *de Derrida* —su carta de presentación— en la ENS, y finalmente —50 años después—, de una introducción privilegiada a su propio pensamiento, a partir de sus primeras reflexiones.

Para el lector actual el texto equivale a una extraña puesta en abismo: ¿se trata de un curso sobre Heidegger a través de la letra de Derrida o a la inversa? En el espacio de esa confusión, donde por

cierto radica lo enriquecedor del texto, se pone a jugar el tándem Derrida-Heidegger, a punto tal que por momentos resulta tan difícil trazar los límites entre ambos, como entre las cuestiones del ser y la historia, anunciadas ya —y con mayúscula (p. 20) — en el título. Pero, y he aquí la virtud del texto, no es sólo Derrida el que avanza hacia la filosofía heideggeriana para trazar las tensiones que la recorren, sino que en esa intervención la obra de Heidegger cobra vida, oscila y fluctúa. Responde. El texto refleja así un auténtico diálogo, en el que Derrida pone a funcionar el principio rector de la lectura filosófica traído a colación por Heidegger en sus cursos sobre Nietzsche:

*En el texto siguiente, exposición e interpretación están tan entrelazadas que no será claro en todas partes y de inmediato qué se extrae de las palabras de Nietzsche y qué se añade. Toda interpretación, sin embargo, no sólo tiene que poder extraer del texto la cosa de que se trata, sino que, sin insistir en ello, inadvertidamente, tiene que poder agregar algo propio proveniente de su propia cosa [el énfasis es de Heidegger]. Este añadido es lo que el profano, midiéndolo respecto de lo que, sin interpretación, considera el contenido del texto, censura necesariamente como una intervención extraña y una arbitrariedad. (M. Heidegger, *Nietzsche II* (trad. J. L. Vermaal, Destino, Barcelona, 2000) 213).*

Luego de una Introducción general y una Nota del responsable de la publicación, Thomas Dutoit, profesor en la Universidad de Lille 3, el libro se articula en nueve sesiones. En la mitad, se insertan 16 fotografías color de una parte de los manuscritos, que reflejan el avance y retroceso constante, la inscripción y la tachadura, el subrayado y la corrección, como mecanismos de ese “laboratorio de trabajo” que los editores procuraron reflejar con la publicación del curso (p. 9), y que luego irá ocultándose con el paso a la máquina de escribir en 1967 y al ordenador en 1987.

Uno de los ejes centrales reside en la traducción de *Destruktion* como “deconstrucción” primero, y luego —y más decididamente— como “solicitud” o “derrumbamiento” [*ébranlement*] (pp. 21, 34,

54 y 209). Sorprende así lo explícito del vínculo que Derrida traza entre el concepto heideggeriano y lo que más tarde se convertirá en nombre propio de su pensamiento. Así pues, y dejando de lado la importante discusión que merecería dicha equiparación respecto de su obra posterior, *Destruktion* y deconstrucción de la metafísica referirán aquí a la explicitación del carácter metafórico implícito en esta última. En este sentido, y mencionando al pasar a Borges, Derrida caracterizará a la metafísica como la historia de algunas pocas metáforas (p. 279).

“La metaforicidad es la esencia misma de la metafísica”, y esto porque la disimulación es tan originaria y esencial como el desvelamiento (pp. 106-107). Adelantándose así a las críticas que mucho después recibirán tanto él como Heidegger (Cf. por ejemplo, L. Ferry y A. Renaut, *La pensée 68* (Gallimard, París, 1988) 69, 76, 89, 121, 123, 140), Derrida aclara insistentemente que la deconstrucción no puede entonces ser ni aniquilación ni superación ingenua de la metafísica, sino que, su objetivo es la explicitación de la metaforicidad de la metafísica *en tanto tal* (p. 323). Ello implica sostener que la inautenticidad metafísica es insuperable y que no hay lugar para una autenticidad que prescindiera de la impropiedad: “[...] la decadencia, el olvido, el chusmerío [...] son posibilidades esenciales y siempre ya presentes en el corazón de la palabra, [...] la inautenticidad no sobreviene a la autenticidad, no la sorprende desde el exterior, sino que le es esencial y permanente y necesariamente cómplice” (pp. 133-134).

Pero si el curso apunta a una lectura de la segunda sección de *Ser y tiempo* —y en particular de los párrafos 73 y 74 sobre la historicidad del *Dasein* donde, a decir de Löwith, Heidegger habría sugerido rastrear su compromiso con el nacional socialismo—, no obstante, la mayor parte se desenvuelve en referencias a la primera sección, y aún por fuera de *Ser y tiempo* —se trabajan en detalle fragmentos de *Introducción a la metafísica*, *Kant y el problema de la metafísica* y *Carta sobre el humanismo*—, pero también incluso por fuera de la obra de Heidegger. Así pues, Derrida discurre extensamente sobre Hegel, Husserl, Marx y Kojève, para introducirlos a ellos también en la discusión y de ese modo reingresar al problema rector desde una perspectiva más amplia.

Finalmente, y como aclara el editor, con la publicación de este primer curso en la ENS se cumple con el deseo de Derrida de escribir un libro sobre Heidegger (p. 22). No se trata entonces solamente de un aporte insoslayable para la comprensión de este último, ni de la explicitación de la veta heideggeriana que anima el pensamiento de Derrida. Se trata también, pues, de un libro que nunca tuvo lugar y que acaba de salir a la luz.

Hernán Javier Candiloro. *Universidad de Buenos Aires – CONICET*  
hernancandiloro@gmail.com

---

GALÁN, ILIA

*El Romanticismo y sus mutaciones actuales*, Dykinson, Madrid, 2013, 128 pp.

Ilia Galán, titular de Estética y Teoría de Arte en la Universidad Carlos III de Madrid, profesor invitado en las universidades de Harvard y Oxford, entre otras, y columnista invitado de *El País*, publica esta breve obra, que es fruto de dos años de investigación y diversas publicaciones en torno al tema. Su intención es dar una mirada desde el tercer milenio a uno de los movimientos que más ha influido en el mundo Occidental.

La obra se abre con un Prólogo del mismo autor, al que siguen tres partes, que según Galán tienen una estructura dialéctica. Una tesis acerca de las líneas maestras del Romanticismo, que compara con un ejemplo concreto: el Romanticismo fantástico de Novalis y Schiller, y finalmente la síntesis donde se explica la disolución del Romanticismo a comienzos del siglo XX (en la Viena de Stefan Zweig) y su resurgir en el siglo XXI (con un renacimiento de la literatura del siglo XIX).

En la primera parte “Las líneas maestras del Romanticismo”, nuestro autor destaca la influencia “planetaria” del movimiento romántico (p. 14). Galán señala que el Romanticismo influyó no solo en las artes, sino en la política, a través de la defensa de la libertad,